

## La dimensión ecologista del pensamiento de Santayana

Manuel Garrido

En la dimensión salvaje de la naturaleza está la preservación del mundo.

HENRY DAVID THOREAU

Creo que podría volverme a vivir con los animales pues son tan plácidos y tan sufridos; permanezco horas enteras contemplándolos No se amargan ni se quejan por su condición, no permanecen despiertos en la oscuridad ni lloran por sus pecados, no me molestan discutiendo sus deberes con Dios. Ninguno se muestra descontento ni ganado por la locura de poseer cosas. Ninguno se arrodilla ante los otros, ni ante los muertos, que vivieron miles de años antes.

WALT WHITMAN

Parece bastante natural imaginar que si un militante del ecologismo o un profesional de la ecología se dispusiera a buscar una actitud filosófica o un sistema de pensamiento como punto de apoyo, lo pudiese encontrar en los grandes sistemas filosóficos que otorgan máxima relevancia al principio del “holismo”, según el cual el todo debe prevalecer sobre las partes. De todas las filosofías de signo “holista”, vale decir, totalizador o globalizador, que ha alumbrado la historia del pensamiento, aquella donde mejor resplandece ese principio es la de Baruch Spinoza. El centro de la filosofía de Spinoza no lo es el ser humano, sino el cosmos, del cual el hombre no es más que una pieza; y en la visión panteísta de este genial pensador la ética se identifica con la ontología y el universo con la divinidad.

No menos natural debe parecernos también, por tanto, que cuando el filósofo noruego Arne Naess propusiera a principios de los años setenta del pasado siglo veinte su proyecto de “ecología profunda”, que pretende dar el paso, sin abandono de la actitud militante, del ecologismo a la “ecosofía” o “ecofilosofía”<sup>1</sup>, no tardase en acompañar esa propuesta de otra complementaria en la que proclamaba a Spinoza como patrón de la ecología. Frente al pensamiento tradicional del Occidente cristiano, que es antropocéntrico, Naess nos pide articular un pensamiento diverso que sea más bien, como el de Spinoza, cosmocéntrico, que le otorgue un valor intrínseco a todo ser natu-

ral, sea humano o inhumano, viviente o inanimado, lo cual nos obligará a considerarlo, en la medida en que porta un valor, digno de respeto. Para Spinoza

[...] todas las cosas particulares son expresiones de Dios; que actúa a través de todas ellas. No hay jerarquía. No hay propósito, ni causas finales que sean tales que uno puede decir que lo “inferior” existe con vistas a lo “superior”. Hay un igualitarismo en Spinoza, una democracia ontológica que, dicho sea de paso, ofendió enormemente a sus contemporáneos, aunque la ecología nos ha enseñado hoy a entender mejor esa perspectiva suya... ninguno de los grandes filósofos nos ha ofrecido tanto como Baruch Spinoza para recorrer la senda de la clarificación y articulación de las actitudes básicas de la ecología<sup>2</sup>.

Pero lo que, a propósito de la ecología profunda, no deja de ser llamativo en el contexto del presente volumen de homenaje al pensador abulense es que en la relación de ilustres precursores de la misma, los seguidores de este movimiento en EE.UU. citan entre otros, después de los decimonónicos Thoreau o Walt Whitman, a los contemporáneos Alfred North Whitehead —autor de una concepción dinámica del mundo que concede asimismo valores intrínsecos, entre ellos la belleza, a todo ser natural— y a Jorge Santayana, buen conocedor y admirador de Spinoza desde sus tempranos años de estudiante.

Santayana sometió a dura crítica en reiteradas ocasiones lo que él llamó el *egotismo* en el que incurren la filosofía moderna en general desde Descartes, y muy en particular la filosofía alemana, donde alcanza su culminación de distintas maneras en las mentes de Kant y de Nietzsche. El error del egotismo consiste, según Santayana, en exaltar y exacerbar hasta el paroxismo las facultades y el poder del sujeto humano haciéndole creer en la ilusión de que es dueño y señor del universo, olvidando la sempiterna verdad del pensamiento pagano según la cual no es el hombre el que produce la realidad del cosmos, sino éste el que produce la nuestra.

Si con el concepto de “fe animal” supo dar el escéptico Santayana una de las más inteligentes respuestas que conocemos al planteamiento cartesiano de la duda metódica, el concepto por él pergeñado de egotismo filosófico aproxima en buena medida su concepción del mundo a la de Spinoza. Pero hay también en sus escritos otros motivos más concretos que permiten insertarlo con bastante legitimidad en la relación de pensadores antecedentes del actual movimiento de la ecología profunda. Tras tomar la decisión de renunciar a su cátedra de Harvard, Santayana visitó en 1911 la Universidad de California, donde pronunció palabras e impartió ideas que lo acreditan como miembro de ese club:

Un californiano al que tuve el gusto de conocer recientemente comentó que, si los filósofos hubieran vivido rodeados por las montañas de vuestro país, sus sistemas hubieran sido diferentes de como son. Desde luego, diría yo, muy diferentes de como esos sistemas son a partir de lo que la tradición gentil europea

ha transmitido desde Sócrates; porque tales sistemas, los europeos, son egotistas; son, directa o indirectamente, antropocéntricos e inspirados en la vanidosa noción de que el hombre, o la razón humana, o la distinción humana entre el bien y el mal, es el centro y pivote del universo. Vuestras montañas y vuestros bosques os harían sentir vergüenza si se os ocurriese suscribir semejantes asertos [...]. No, es el yugo de esta misma tradición gentil, que os tiraniza desde la cuna a la tumba, lo que estas soledades primitivas os quitan de encima, suspendiendo en vosotros ese forzado sentimiento de vuestra propia importancia no solamente como individuos, sino incluso como hombres. Y os inducen, en un dichoso instante en el que se entremezclan el juego y la veneración, a tomaros a vosotros mismos simple y humildemente por lo que sois y a saludar la infinidad salvaje, indiferente y nada censuradora de la naturaleza.

A juicio de Santayana, la filosofía de sus colegas de Harvard, el idealismo hegeliano de Royce y el pragmatismo de James, pero igualmente el pragmatismo de Dewey, eran filosofías antropocéntricas, incapaces de poner coto al industrialismo urbano yanqui. Él pensaba que sólo Walt Whitman había podido escapar a esa presuntamente civilizada tendencia:

El único escritor americano que ha superado totalmente la tradición gentil es quizá Walt Whitman. Esta es la razón por la que a los americanos cultos les resulta más bien una persona nada grata que, según declaran con sinceridad, no debiera ser representante de su cultura; y desde luego no debería serlo puesto que su cultura es tan gentil y tan tradicional. Pero el extranjero puede a veces pensar de otra manera, ya que busca lo que pueda haber surgido en América que exprese, no la mentalidad americana convencional y cortés, sino el espíritu y los principios no expresos que animan a la comunidad y a los que su propia mentalidad gentil parece mostrarse tan poco vinculada. Cuando el extranjero abre las páginas de Walt Whitman, considera que por fin ha dado con algo representativo y original. En Walt Whitman la democracia se integra en la psicología y en la moral.

A él le debemos, según Santayana, la proeza de hacer extensivo el principio democrático “a los animales, a la naturaleza inanimada y al cosmos en su totalidad”, lo cual aproxima su pensamiento al panteísmo:

Whitman se convirtió en panteísta; pero su panteísmo, a diferencia del de los estoicos y del de Spinoza, era autocomplaciente, perezoso y nada intelectual porque él creía sencilla y alegremente que todo lo real estaba muy bien y también él mismo<sup>3</sup>.

De nuevo vuelve a sorprendernos aquí la originalidad y la sagacidad de juicio del entonces recién retirado profesor de la Universidad de Harvard. Por un lado la crítica al egotismo legitima conceptualmente su apartamiento del ambiente filosófico idealista y pragmatista que él vivió en esa universidad y

al que consideraba bien consonante con el industrialismo y la voluntad de poder tecnológico y político de la sociedad y los gobiernos estadounidenses. Pero por otro su naturalismo y su imaginación poética le permiten detectar la soterrada y reprimida tendencia del pueblo norteamericano —excepcionalmente expresada en los escritos y en las conductas de Thoreau y de Walt Whitman— a reconocer el valor de la naturaleza<sup>4</sup>. Una tendencia con la cual él no podía menos de simpatizar.

Una investigación más a fondo del concepto de naturaleza, como también del concepto de espíritu, en el pensamiento de Santayana pudiera revelarnos que ese pensamiento es todavía una mina por explotar.

*Apartado 118*  
*E-28660 Boadilla del Monte*  
*Madrid (España)*

#### NOTAS

<sup>1</sup> Un excelente libro sobre el sentido y las claves de este movimiento es el compilado por George Sessions, *Deep Ecology for the 21th century. Readings on the Philosophy and Practice of the New Environmentalism*. Y una crítica razonable de dicho movimiento puede encontrarse en el capítulo 8 del libro de Christopher Belshaw, *Filosofía del medio ambiente, Razón, naturaleza e interés humano* (en prensa en la colección “Filosofía y Ensayo” de la Editorial Tecnos de Madrid).

<sup>2</sup> Arne Naess, *Freedom, Emotion, and Self-Subsistence: The Structure of a Central Part of Spinoza's Ethics*, Oslo, Universitetsforlaget, 1975, pp. 118-119. Tomo esta cita y las que siguen de Santayana del artículo de George Sessions “Ecocentrism and the Anthropocentric Detour”, contenido en las pp. 157 ss. del libro por él compilado cuyo título menciono en la nota anterior.

<sup>3</sup> Jorge Santayana, *La tradición gentil en la filosofía americana*. Traducción de Pedro García Martín, con Introducción de José Beltrán. Universidad de León, 1993.

<sup>4</sup> George Sessions comenta en su ya citado artículo “Ecocentrism and the Anthropocentric Detour” que por el tiempo en que visitó Santayana la Universidad de California aún vivía en aquel Estado John Muir, otro de los grandes precursores de la ecología profunda en USA. En 1903 Muir llegó a discutir durante unos días con el presidente Theodore Russell sus perspectivas sobre la conservación de la naturaleza. Pero el asesoramiento rival de Gifford Pinchot decidió al primer mandatario a desoír los consejos de Muir y orientar la política yanqui de conservación de recursos naturales por sendas conducentes a su actual situación.